

DEL SEÑOR ROBERTO CONTRERAS GALAZ

«La capital de la frontera abre un paréntesis a sus afanes cotidianos de creadora de riquezas, para recibir y escuchar en esta sala al «sembrador de cultura y creador de ambiente» como ha retratado a don Enrique Molina Garmendia la distinguida señora Amãnda Labarca. El Ateneo de Temuco expresa por nuestro intermedio, que se siente orgulloso de haber tenido la suerte de conseguir la venida a esta ciudad, de este ciudadano ejemplar, maestro de maestros, escritor de gusto exquisito, y más que esto, filósofo y crítico del pensamiento humano de todos los tiempos.

Tantos merecimientos de este caballero de la virtud, de la verdad y el saber, lo hacen tan conocido de ustedes que una presentación es casi inoficiosa, toda vez que su nombre tiene un prestigio que sobreponiéndose a la inmensidad de nuestros deslindes naturales, no sólo es señalado como una figura nacional, sino que aun más, venciendo el silencio de las distancias es considerado y respetado en todo el continente. Sin embargo, pese a la temeridad de esta misión, principalmente cuando no se tiene dotes literarias, trataremos de cumplir con el cometido del Ateneo, indicando en brevísimas líneas lo que ha sido y es don Enrique, guiado en esto no por el cariño y afecto que sentimos por él, sino colocando su vida y sus actos en una balanza de la más estricta justicia.

Suceso de grande importancia en nuestra historia educacional fué la creación del Instituto Pedagógico, el año 1889, por el progreso que ha significado para la cultura humanista de nuestra patria. El año 1892 egresaba de dicho plantel su primer curso, al cual pertenecía don Enrique Molina, quien lo hacía en posesión de su flamante título de profesor de Historia y Geografía. Algún tiempo después se recibió de abogado. Teniendo dos carreras que poder seguir se encontró ante un dile-

ma. Dejémosle a él que nos diga su resolución: «Ofreciéndome la posibilidad del ejercicio de dos profesiones, las de abogado y profesor, tenía que optar en varios caminos. ¿La de profesor solamente? ¿La de abogado solamente? ¿El desempeño simultáneo de ambas? Pronto llegué a la conclusión de que la simultaneidad conduciría a la mala atención de ambas actividades, o hacer del profesorado una especie de salvavidas económico para los primeros procelosos tiempos de la abogacía. El pensamiento de que Chile necesitaba profesores y de que abogados no le hacían falta, selló mi decisión. Sería profesor». Esta determinación del señor Molina tiene un valor inapreciable, cuanto ha servido después en la formación de generaciones de ciudadanos, muchos ilustres por sus merecimientos y servicios prestados a la patria, y porque la docencia ha sido también la inspiración de sus más variadas obras.

Muy joven profesor e Inspector del Liceo de Chillán y después de Concepción. En 1905 fué designado Rector del Liceo de Talca, donde pudo dar a conocer sus relevantes condiciones de organizador, imponiendo entre sus profesores y alumnos una disciplina racional, basada en la persuasión. El mismo lo dice: «Siempre me acerqué a mis discípulos con espíritu de comprensión y cariño». Mientras sirvió en esa ciudad, su Liceo fué considerado como modelo en el país.

En 1915 el Supremo Gobierno lo ascendió al cargo de Rector del Liceo de Concepción, donde sirvió con ese acierto, cariño y devoción que ha demostrado en todas sus obras, hasta obtener su jubilación en 1935, después de 43 años de continuos desvelos en la formación de educandos desde los planteles de la enseñanza fiscal. Pudimos observar desde nuestro cargo de escribiente de su Rectoría esa partida emocionante del querido Rector. La riqueza de su intelecto, su simpatía personal, le habían granjeado en el Liceo y en toda la ciudad una profunda estimación. Todos los círculos de la ciudad se aprestaron para rendirle homenaje en reconocimiento a su obra en el Liceo.

Recordamos como si fuera hoy el sentimiento que causó la ausencia de su figura distinguida, su sensibilidad exquisita, cuando su espíritu dejó de inspirar la vida liceana. Profesores, inspectores y alumnos sintieron en su alejamiento esa sensación que dejaría una representación dramática si al producirse el desenlace, por un imprevisto, quedara la escena vacía. Tanto se había adelantado en el ambiente liceano que a pesar de su merecido descanso, profundamente se sentía su alejamiento.

Don Enrique Molina no es de los hombres que han conocido la fatiga, ni que ésta haya podido doblegarlo. Nunca ha permanecido tranquilo; ha estado siempre impregnado de inquietudes; no sólo se ha dedicado a sus labores de maestro y a dirigir y organizar los establecimientos encargados a su dirección, sino que también ha participado con acierto en Congresos Educativos celebrados en el país y fuera de él. Fruto de estas actividades y de sus propias ideas en materia educativa ha sido su ensayo «Educación Contemporánea», que pasa por ser considerado por la crítica como un resumen de la orientación espiritual del autor y que ha querido ver imperar en la enseñanza secundaria, ya que para él «la educación más perfecta es aquella que no sólo se limita a instruir sino que a enriquecer el espíritu con sugerencias y direcciones», siguiendo en esto los principios de su filosofía.

Sin duda que, como educador, la obra maestra de don Enrique es la Universidad de Concepción, cuyo destino ha corrido parejo con su vida en esa ciudad. Los insignificantes cursos de sus primeros años, unidos a sus erogaciones por sorteo son el germen de este monumento de cultura superior, que hoy no sólo prestigia a Concepción y a Chile sino a todo el continente, demostrándose que sin sectarismos y con iniciativa particular se pueden efectuar en Chile obras de semejante magnitud.

La belleza estética de los edificios, su confort, que produce admiración a cualquier visitante y todo esto bajo la direc-

ción del señor Molina, da la seguridad absoluta que la Universidad de Concepción es eterna, que los siglos no podrán cubrirla de nubarrones cuando falte el apóstol de su destino; porque su espíritu de «sembrador de cultura y creador de ambiente» seguirá guiándola y protegiéndola como un dios mane de la protección.

Otro aspecto interesante en las preocupaciones del señor Molina ha sido la de los problemas sociales. Su juventud se vió influenciada por ese gran hombre que fué don Valentín Letelier, lo que junto a su calidad de maestro, y sin hacerse militante político, ha preconizado el imperio de la justicia social en la vida de los pueblos; pero en todo esto, a la manera de Lester Ward; los problemas sociales los ha tomado con un criterio filosófico, y por consiguiente, ha sido el individuo el que le ha interesado y a quien debe educarse y formarle una personalidad que lo ponga a cubierto de los desmanes de la lucha por la vida.

En este orden de cosas, en el alma liceana o universitaria, en sus libros y en sus conferencias ha señalado a la historia como una gran fuente de recuerdos que indica a las generaciones del presente el derrotero de su suerte y felicidad. Inspirado siempre en el mejoramiento de la condición humana ha recogido en sus viajes por diversos países observaciones sobre idiosincrasia de los pueblos, considerando sus condiciones de carácter moral y social. Estas observaciones, matizadas con sus propias concepciones acerca de las cuestiones que trata se encuentran contenidas en sus obras: «Por las dos Américas», «De California a Harvard», «Peregrinaje de un universitario» y «La Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista».

Con lo que ya hemos dicho, este personaje merece el calificativo de extraordinario; pero en medio de su sencillez, lenguaje claro y preciso de los hombres de bien, hay más, mucho más. Don Enrique ha sido gran maestro, excelente organizador

en la enseñanza secundaria, fundador de una Universidad, ha escrito libros y ensayos instructivos y amenos; sin embargo, su clara inteligencia, su constante preocupación por los problemas que eternamente han preocupado al hombre, lo han señalado dentro de ese grupo que en todo un siglo se cuenta con un escaso número en la humanidad entera, nos referimos a su calidad de pensador, de filósofo.

Sus funciones de maestro, su sentido moral de la vida y su constante afán de perfeccionamiento lo colocó muy temprano en un plano superior respecto de los grandes problemas que desde miles de años preocupan al género humano,

Sus estudios filosóficos se dirigen a enjuiciar el pensamiento de todos los tiempos, oportunidad que le permite exponer sus propias ideas sobre los más variados problemas. Le ha interesado por sobre todo el problema del ser, la investigación subjetiva, contribuyendo a constituir ese tipo de pensador que representa en la actualidad la expresión más alta de la cultura. Antes que el cosmos le atrae el complejo fuero interno. En este predicamento se ha acercado al intuicionismo bergsoniano y resignadamente ha dicho en su «Confesión Filosófica»: «La necesidad de la metafísica y la imposibilidad de suprimirla se prueba con el hecho sencillo de que hay una región en que no cabe sino ella y de la cual no se puede prescindir». Llega a esta conclusión debido a que la ciencia a su juicio no basta para satisfacer las ansias ni a responder a todas las interrogaciones del espíritu. Para él se halla integrado el espíritu «por todo lo que ha hecho el hombre en el campo de la moral, de la ciencia, de la religión y el arte—la obra toda de la inteligencia iluminada, disciplinada y sacudida de emoción—por lo que aspira a ser en estos mismos órdenes para continuar perfeccionándose y superándose». Después de indicar la naturaleza de esta facultad de la vida humana manifiesta que ésta se expresa: «cuando pensamos, reflexionamos establecemos juicios, nos asalta una idea nueva, nos deleitamos en la belleza, practicamos el

dominio de nosotros mismos, sofrenamos nuestros apetitos, queremos y aprendemos de los demás. La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor, los actos nobles, la práctica de las más modestas virtudes; estas obras y creaciones constituyen la realidad del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad». «De lo espiritual en la vida humana», págs. 153 y 160. Así se expresa de este aspecto de la vida humana, revistiéndola de caracteres de bondad, de adornos edificantes e impregnado de profundo anhelo de perfección.

Don Enrique no sólo ha manifestado sus ideas propias en obras de la significación de «De lo Espiritual Humana» y «Confesión Filosófica», sino que también ha dirigido su ingenio de pensador a comentar y enjuiciar el pensamiento filosófico, como ya ha quedado dicho. En su obra «La Herencia Moral de la Filosofía Griega» estudia a Sócrates, Platón y Epicuro, dignificando a este último que tan mal puesto lo han dejado algunos comentaristas, dejándose llevar por impresiones de sus malos discípulos.

El pensamiento moderno tampoco ha estado ajeno a sus constantes preocupaciones. El miliarismo de Ward, el pragmatismo de James, el intuicionismo de Bergson y las ideas estéticas de Guyau le han impresionado profundamente, y sin abandonarizarse con ninguna de ellas en particular porque él tiene sus propias ideas, ha hecho comentarios de tal magnitud que las concepciones expuestas por esos filósofos que aparecen con sus yerros marcados en forma nítida y aumentadas y corregidas. No a otra conclusión se puede llegar después de leer a «Dos Filósofos Contemporáneos, Guyau y Bergson» y «Proyecciones de la Intuición».

Finalmente diremos que una personalidad como la suya no sería completa si careciera de enemigos, y él los tiene; pero

ellos son muy inferiores a su lado. Estamos para calificarlos con el Catedrático de la Universidad de Chile, Claudio Rosales, quien al referirse a las enemistades de don Enrique dice: «Ellos le denigran y le ladran como gozquillos de arrabal. ¿Por qué? porque no ha tenido la debilidad de abrogar en su beneficio su código de moral. Con sólo mencionarlos se les haría un honor inmerecido». (Confesión Filosófica, pág. 29).

Sin embargo, así como ha tenido que lamentar incomprendiones y ataques enconados, también ha tenido en su vida grandes satisfacciones. Ya he traído a colación los homenajes de que le hicieron objeto en Concepción el año 1935. Pero como ya don Enrique ha cumplido sus Bodas de Oro de Maestro el año pasado, con esta ocasión la Universidad, el Liceo y la Municipalidad de Concepción, y en Santiago la Universidad de Chile, la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, la Sociedad de Escritores de Chile, la Alianza de Intelectuales, el P.E.N. Club de Chile y la Sociedad Nacional de Profesores, le rindieron homenajes públicos en tal magnitud y significación que no ha tenido otro chileno maestro y pensador en este siglo. Como si esto fuera poco, también es miembro de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, Oficial de Instrucción Pública de Francia, Caballero de la Corona de Italia, Miembro Honorario de la Sociedad Científica Argentina y quizás cuántos títulos honoríficos más.

Señoras y señores, con este bosquejo de lo que ha sido y es don Enrique Molina, estimamos haber cumplido la honrosa misión que nos asignó el Ateneo, y dejémoslo que en esta ocasión dé a conocer una vez más sus condiciones de filósofo y enjuiciador del pensamiento humano. al relatarnos la vida e ideas de Federico Nietzsche».

DEL SEÑOR ZENOBIO GUTIÉRREZ JARA

«Ha llegado hasta nosotros un huésped ilustre que Temuco recibe con el cariño y el respeto que merecen los grandes